



LA JUVENTUD LITERARIA

I

HACE pocas semanas publicaba un periódico de Madrid las interesantes conferencias que el Sr. Soriano había conseguido tener con Emilio Zola, durante la breve estancia del eminente novelista francés en San Sebastián; y entre las muchas cosas dignas de atención, y nuevas no pocas, que el solitario de Médan se dignó decir, me conviene recordar ahora lo que se refiere á sus quejas contra la que llamaba impaciente juventud literaria de París; la cual, según él, quiere ocupar antes de tiempo los primeros puestos, y hacer que se conviertan en vejezes las invenciones de ayer, mediante la exhibición continua de novedades forzadas, de invenciones churriguerescas, amaneradas y falsas.

Se ríe Zola, no sin cierto despecho, del prurito

de convertir en *jeune maître* á cualquier joven de talento que muestre cierta independencia dentro de una escuela ya creada, ó á lo más dentro de una tendencia que está iniciada por antiguos maestros; y al llegar á examinar el carácter y la trascendencia del que se llama ya generalmente nuevo idealismo, lo declara, por lo que respecta á las pretensiones de esa juventud impaciente, pura farsa, cuyo objeto es atraer la atención, hacerse notar y vender libros. Lo mismo que Zola juzga ahora, fué él juzgado no hace mucho tiempo; y así como no se podría jurar que en las teorías revolucionarias en estética que formaban el credo literario del autor de *Mis odios* no hubiera su poquito de reclamo, de *pose*, de exageración intencionada y habilidosa, tampoco se puede afirmar ahora que Zola se equivoque por completo al atribuir miras interesadas á los nuevos reformistas; pero, en general, ni Zola mentía al proclamar el naturalismo como su fe artística, ni la juventud (en algunos *relativiz*) de la novísima literatura francesa miente al declarar que es anhelo, confuso, pero intenso, de su espíritu una idealidad futura, que sin renegar del sagrado abolengo de todas las idealidades, ofrezca la esperanza de mayor resistencia.

Hay quien se pasa de listo y está demasiado bien enterado de ciertas menudencias; y para el que se halla en este caso es claro que todo este idealis-

mo nuevo, este misticismo nuevo, como le llama Paulham (que lo estudia con gran imparcialidad; serena, pero no fríamente), es pura comedia, asunto de la *blague*, un pastel literario compuesto por los agudos escritores franceses que ya no saben qué discurrir para evitar el *crack* de la librería, el hastío del público *burgués* del mundo entero.

No falta en España quien, por darse tono de *parisién* de temporada, procura desengañarnos y hacernos ver que, en efecto, es una farsa el decantado renacimiento idealista. Para probarlo, nada más á propósito que hablar del nuevo ó recalentado teosofismo, de los versos místicos de... Richepin (!) y de las recaídas pecaminosas de Pablo Verlaine.

Con esto y confundir las cosas, y ponerles nombres, v. gr.: decadentismo, simbolismo, instrumentismo, etc., etc., se cree que se ha dicho todo. Autor serio hay que piensa haber negado la realidad de la nueva tendencia sin más que citar el soneto de las vocales... con colores y otras vulgaridades así. Hace pocos días, el mismo Copée, el poeta de los humildes, publicaba un cuento, «Palote», para burlarse de los poetas simbólicos, de los aficionados á los pintores *primitivos*, de las tablas hieráticas de fondo de oro, y acaso de Paul Bourget y de los pre-rafaelistas...; y el poeta de la poesía callejera oponía, como triaca al amaneramiento de los falsos místicos, el cliché gastado de su costurera

virtuosa, resignada y tísica... Yo no dudo que los autores nuevos trabajen por algo más que por el ideal; pero los *antiguos*, los Copées y Zolas, ¿se resisten á admitir lo nuevo sólo en nombre de las teorías?... Por lo demás, Zola se contradice. En una y otra conferencia con periodistas franceses ha reconocido la legitimidad y la realidad de la nueva inclinación literaria: es más, hablando con el citado Sr. Soriano del socialismo, Zola reconoció la gran influencia que en la cuestión social podía tener la religión cristiana.. ¿Quién lo duda? El mundo va por ahí. Los espíritus más recogidos, de más reflexión y sentimiento están llamados á gozar la voluptuosidad moral inefable de encontrar una armonía entre las más recónditas *exquisiteces* del análisis psicológico y metafísico modernos con la gran tradición humana del sentido común cristiano.

Desde este punto de vista, es innegable que la juventud literaria, como en cierto modo la filosófica y científica, merece la atención del observador... en otros países.

En otros países, porque en España, y á esto íbamos, yo no veo por ninguna parte síntomas de que nuestros literatos jóvenes se hayan enterado de lo que pasa por el mundo. Mientras poetas, novelistas y filósofos de la juventud francesa estudian y admiran á nuestro San Juan de la Cruz, á nues-

tro San Ignacio, á nuestra Santa Teresa, á nuestro fray Luis de León y á nuestro fray Luis de Granada, etc., etc., aquí, nuestros vates *jóvenes* imitan... á los *parnasianos*, ó á Campoamor, ó á Becquer; nuestros *sabios* nuevos insisten en ser *positivistas* de la manera más ramplona... y todos ellos se quejan porque no se les hace sitio, porque no se les tiene en cuenta. ¡Pero si no estudian, si no sienten, si no meditan! La nota *dominante* en poesía, ¿sabéis quién la está dando? Un viejo, Balart, cuya colección de poesías, próximas á publicarse, va á ser el verdadero *acontecimiento* poético de nuestra literatura. Balart, sin imitar á nadie, sin prurito de modernísimo, guiado sólo por su dolor y por su inspiración, se ha convertido en un poeta, el más notable, á mi juicio, que en el gran género *realmente* religioso ha tenido España en todo el siglo.—Si la *juventud* nos ofreciera poesías como las del insigne crítico, ¿qué mayor dicha que estudiarlas, analizarlas y *vaticinar* días de gloria para la lírica española?